

Cuerpo e Internet: una aproximación desde el psicoanálisis*

The Body and the Internet: an approach from psychoanalysis.

*Herwin Eduardo Cardona Quitián***

Resumen

El presente trabajo surge del interés por comprender los cambios que ha sufrido el cuerpo a partir de la influencia de las nuevas tecnologías de la comunicación, especialmente la Internet. El objetivo es ubicar la estructura sobre la que se ha organizado este dispositivo, logrando su anclaje en la vida cotidiana y las relaciones sociales. El estudio se realiza a partir del psicoanálisis. Expone los aspectos de la configuración humana que permiten el funcionamiento de la Internet y los impactos que genera en el cuerpo.

Palabras Clave: Psicoanálisis, cuerpo, Internet, comunicación, tecnología, sujeto.

Abstract

This paper arises from the interest in understanding the changes undergone by the body from the impact of new communication technologies, especially the Internet. The objective is to place the structure on which this device has been organized, making its anchoring in everyday life and social relations. The study was conducted from psychoanalysis. It exposes the aspects of human settings that allow the operation of the Internet and the impact it has on the body.

Keywords: Psychoanalysis, body, internet, communication, technology, subject.

* El presente trabajo hace parte de la investigación titulada “El engranaje del discurso capitalista y sus efectos sobre el lazo social contemporáneo”, (2012), desarrollada a lo largo de la maestría en Psicoanálisis, subjetividad y Cultura, para optar al título de Magister en la Universidad Nacional de Colombia.

** Licenciado en Psicología y Pedagogía (UPN), MG en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura (UN). Docente de la Universidad Santo Tomás; docente de la UDEC. E-mail: jonasdorado@hotmail.com

Introducción

Las nuevas tecnologías de la comunicación han reconfigurado el lazo social contemporáneo y las subjetividades. Si entendemos el cuerpo, no como un dato biológico de entrada, sino como producto del discurso social, es indudable que este también se ha transformado. El presente trabajo surge del interés por comprender aquellos cambios que ha sufrido el cuerpo a partir de la influencia de las nuevas tecnologías de la comunicación, especialmente la Internet. Su objetivo es ubicar la estructura sobre la que se ha montado este dispositivo, logrando su anclaje en la vida cotidiana y las relaciones de los sujetos. La veta teórica por la que se ha optado es la del psicoanálisis, pues algunos de sus presupuestos sitúan coordenadas para comprender, por un lado, los elementos estructurales de la configuración humana que permiten que funcione con tanto éxito la Internet, y por otro, los impactos que podría tener sobre el cuerpo del sujeto.

La metodología empleada para el desarrollo de esta investigación ha sido de tipo histórico-hermenéutico, realizando un recorrido por la emergencia de la teoría de la comunicación, a la luz de algunos postulados del psicoanálisis. En primer lugar se analizan tres tesis del psicoanálisis que dan luces sobre la estructura subjetiva en la cual se cimientan las nuevas tecnologías de la información: la tesis de la configuración subjetiva en el espejo y su consecuencia: habitar otro espacio y otro tiempo. La tesis de la neotenia humana y su consecuencia: el uso de prótesis. La tesis de la estructura binaria del lenguaje y su consecuencia: el desarrollo del lenguaje binario aplicado a la programación teleinformática. En segundo lugar, se sitúa el contexto específico en el que surge la teoría de la comunicación, para comprender desde allí los enunciados de este discurso en torno al cuerpo y las relaciones sociales. A partir de estos presupuestos se evalúa el posible impacto de las tecnologías de la comunicación sobre la constitución de las nuevas corporalidades en la contemporaneidad.

1. Algunas cuestiones de estructura

La estructura sobre la que se plantea el conjunto de la técnica, es la misma que permitió al hombre todos los desarrollos tecnológicos desde el invento de la lanza, hasta el de las bombas teledirigidas. Incluso la escansión espaciotemporal que plantea la Internet, solo sería una fase más de la configuración de un espacio (allá) y otro tiempo (después o antes), que a manera de complejo ha construido desde siempre el hombre para poder existir. Asimismo, el lenguaje binario, código a través del cual circulan hoy todas las informaciones, mostraría en su forma más elemental la estructura binaria del lenguaje, estructura a la que el niño se aventura desde su más temprana edad, para poder vincularse al discurso social. De esta manera, lo que sitúan ciertas tendencias de la tecnociencia actual son, hasta cierto punto, verdades sobre la estructura del sujeto, que se encuentran veladas tras la promesa y la fantasía que instalan.

La captura imaginaria: la realidad virtual requiere de una renuncia al espacio inmediato del sujeto, para aventurarse en otro espacio en el que se configuran tanto el yo, las relaciones sociales, como el contacto con el mundo. El sujeto en este juego virtual aparece en otro espacio que no es el suyo (allá) y en otro tiempo, en la medida en la que, más que jugarse en un ahora, se configura a veces en un *después* y otras en un *antes*. Es evidente que la tecnología de la información plantea una especie de inmediatez en la relación que establece el sujeto con otros, pero es también una anticipación, en la medida en la que confluye con el otro, con los objetos, o con el mundo ofrecido a través de la red, antes de que en realidad pueda estar allá. Se anticipa así en el mundo virtual, pero también su tiempo aparece como un retorno, en tanto el mundo de las imágenes eterniza una forma de existencia sobre la que vuelve para constatar, no solo su bella imagen, sino también su eterna juventud.

Lacan revela en “El Estadio del Espejo”, la matriz primera en la que se configura el yo: un complejo que ofrece el espejo al sujeto. Se trata

de algo que ocurre en la vida del niño luego de que aprende a distinguir el reflejo de su propia imagen en el espejo. Constituye un momento de anticipación y júbilo, por cuanto el niño aún no logra coordinar el conjunto de sus movimientos, “no tiene dominio de la marcha ni postura en pie” (Lacan, 1987, p. 86), por lo que frente a su impotencia real se aventura a configurar su imagen del otro lado del espejo, que le ofrece un complejo integrador.

Este complejo virtual, al tiempo que le permite configurar su imagen, le devuelve también la imagen del mundo y de los objetos, es decir, aparece al mismo tiempo para el niño el yo, el mundo y los objetos, por lo que en adelante tendrá que establecer las relaciones con estos a través de un complejo virtual. Esta estructura lo condena a tener que aprehender el mundo y los objetos del lado del espejo, configurando un “conocimiento paranoico del mundo” (Lacan, 1987, p.87).

Se trata de una matriz simbólica en la que se constituye el sujeto, aun antes de engancharse en la lógica del discurso, en la que el “yo [je]” se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto” (Lacan, 1987, p. 87). Esta matriz se constituirá en el tronco de las identificaciones posteriores. En adelante el yo quedará en una línea de ficción irreductible para siempre.

Este complejo especular le da existencia al cuerpo del sujeto en la imagen, cuerpo fragmentado que se anticipa al espejo, que le ofrece una imagen ortopédica; exterioridad que le es dada como Gestalt: forma total, que “simboliza la permanencia mental del yo [je] al mismo tiempo que prefigura su destinación enajenadora” (Lacan, 1987, p. 88).

Así pues, el sujeto queda envuelto en una imagen que lo captura, con la cual se identifica, pero que además lo atrapa en su belleza, constituyéndose en una imagen tanto formativa como erógena. Es

1 En Francés existe una diferencia entre el yo de la imagen (moi) y el yo de la enunciación (je). En este caso Lacan se refiere al yo (je) de la enunciación

decir, esta imagen le ofrece además una zona de goce, que es su propio cuerpo proyectado en la imagen. Pero esa poca realidad en la que ha quedado atrapado el sujeto, devela uno de los vértices de la realidad del ser humano, a saber, la insatisfacción a la que queda condenado, toda vez que de este lado del espejo queda él como ser inacabado, revelando la prematuración de su especie.

Lo que muestra Lacan (1987) es el atrapamiento del sujeto, condenado a las fantasías de su completitud:

El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad, y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental (p. 90).

En adelante la identificación con su imagen se realizará por vía de la ilusión que le ofrece el complejo virtual del espejo, que le apresa a una existencia en otro espacio que no es el suyo, y con una imagen que lo atrapa y lo enajena, por cuanto le ofrece la fantasía de completitud. Asunto que la Internet no puede más que evocar, sobre todo en su vertiente de las redes sociales, lugar que colma el tiempo del sujeto, subrepticios en los que se pierde vía la imagen, bien de los otros o de sí mismo, en las que queda capturado, por cuanto constituye una instancia erótica.

La lógica de “El Estadio del espejo” revela que la matriz primera, sobre la que se constituye el yo, el mundo y los objetos, es la del espejo. Asunto que lo ha condenado a constituirse del lado de la imagen que lo enajena, y en donde la Internet no sería sino una vertiente más de aquella matriz especular, en la que trata de encontrar los objetos, el yo, y el mundo, de lo cual se puede deducir que desde siempre el sujeto ha estado condenado a construir un espacio de ilusión para configurarse y anticipar su existencia, frente al estructural inacabamiento.

La neotenia humana: la neotenia hace referencia a un estado de inmadurez o de prematuración de un organismo. Dufour expone la tesis de la neotenia propuesta por Bolk, y retomada por Lacan (1987) en “El Estadio del Espejo”:

Esta relación con la naturaleza está alterada en el hombre por cierta dehiscencia del organismo en su seno, por una discordia primordial que traiciona los signos de malestar y la incoordinación motriz de los meses neonatales. La noción objetiva del inacabamiento anatómico del sistema piramidal, como de ciertas remanencias humorales del organismo materno, confirma este punto de vista que formulamos como el dato de una verdadera prematuración específica del nacimiento en el hombre. (p. 90)

La tesis sobre la neotenia explica no solo el problema de la inmadurez humana, sino que también muestra cómo se consagra la supervivencia del hombre a la irrealidad, y al mismo tiempo, condena los actos humanos a una irremediable ficción en la que se aventura no solo con la pura imaginación, sino concentrando toda su fantasía en la realización de un ser protético que lograría superar su estado de inmadurez. El humano, frente a la insuficiencia de su propio cuerpo, recurrirá a la creación de prótesis que le permitirán relacionarse con el mundo. Pero estas prótesis, antes que nada, son entendidas como extensiones de sí mismo, al menos así lo expone Freud (1988) cuando, al referirse al asunto, concluye: “el hombre es un dios con prótesis” (p. 25).

De hecho, en “El Malestar en la Cultura”, Freud explica cómo todo el movimiento de la civilización estaría encaminado vía la técnica, a la creación de una serie de prótesis, que no solo intentarían resolver la insatisfacción a la que se encuentran sometidos los hombres por su estructural inacabamiento, sino que al tiempo lo convertiría paulatinamente en Dios. Todo eso que la técnica le promete al hombre, lo había puesto hace tiempo en manos de sus dioses:

Les atribuyó todo lo que parecía inasequible a sus deseos -o le era prohibido-. Es lícito decir, por eso, que tales dioses eran ideales de cultura. Ahora se ha acercado tanto al logro de ese ideal que casi ha

devenido un dios él mismo... El hombre se ha convertido en una suerte de dios prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares... Épocas futuras traerán consigo nuevos progresos, acaso de magnitud inimaginable, en este ámbito de la cultura, y no harán sino aumentar la semejanza con un dios (Lacan, 1988, p. 35).

Freud preveía ya el camino hacia el que se conducía la técnica moderna, quizá por el hecho de ser un lector asiduo de Goethe, quien mostraba en el *Fausto* aquel recorrido en el cual, de la mano de Mefistófeles, iba a desafiar las posibilidades de la ciencia. Podía ver en su sociedad todavía industrial, el engrandecimiento que producían las prótesis en el hombre que, sin embargo, por tratarse de prótesis mecánicas, aún no se integraban por completo a su cuerpo. ¿Pero esta similitud del hombre con Dios lo hace feliz? Advierte Freud (1988) que el malestar no desaparecerá por la vía de la civilización y la técnica, por más que lo prometa el progreso: “no debemos olvidar que el ser humano de nuestros días no se siente feliz en su semejanza con un dios” (p. 35).

La matriz binaria del Fort-Da: la teleinformática y la ingeniería genética, insinúan que el cuerpo y la mente son reductibles al puro código. La genética con el trabajo sobre el ADN, que desembocó en un descubrimiento del mapa genético, asegura que toda la información sobre la vida se encuentra allí consignada. Este asunto adviene en una especie de mito sobre la posibilidad de manipular los genes para generar cualquier modificación sobre la vida. Asimismo, la teoría de la información logró generar, gracias al descubrimiento del lenguaje de programación, una serie de posibilidades para traducir el mundo en bits, lenguaje reducido a una lógica binaria (ceros y unos) en la que puede traducirse todo lo existente. Así, encontramos que ambas ciencias apuntan a lo más elemental del humano: el lenguaje.

El sujeto nos muestra que lo más elemental de su enganche con el mundo simbólico, es esta relación de presencias y ausencias (ceros y unos); estructura sobre la que aparecerán luego las demás palabras.

Freud lo devela en “Más allá del principio del placer”. Allí demuestra cómo dicha función, que denomina pulsión de muerte, se encuentra presente desde los inicios de la incursión del sujeto en el lenguaje.

Dirigiéndose hacia este principio, que parecía contradecir el principio del placer, por cuanto situaba una lógica en la que el sujeto se apegaba a un displacer, con el que gozaba, Freud intentó argumentar la existencia de una pulsión de muerte por diferentes vías. Una de ellas remite a la experiencia de juego de un niño que apenas comenzaba a articular sus primeras palabras.

Relata Freud cómo el niño tenía la costumbre de arrojar todos los objetos de los que se apoderaba lejos de sí, mientras pronunciaba algo como o-o-o-o-o, que en la traducción de la madre significaba Fort-fuera. El juego del niño, que consistía en echar sus juguetes fuera, se convirtió en una acción repetitiva, a partir de un carrete que tenía y del que pendía una cuerda. De esta manera, a su juego del carrete, se agregó un segundo momento luego de que, al aparecer, de nuevo acompañaba su regreso de un: da-aquí.

Se trata de un juego de presencias y ausencias, de desaparición y reaparición ligadas al pronunciamiento de estas dos palabras: Fort-da. En las observaciones Freud pudo constatar que el juego del carrete se concentraba más en el Fort-fuera que en da-aquí. Así, al juego del niño se le sumó el hecho de que frente a la partida de su madre, aumentaba la frecuencia de repetición. Así, “el niño se resarcía en el acto poniendo en escena la misma desaparición y reaparición con los objetos que a su alcance encontraba” (Freud, 1984: 166).

En la repetición del juego, Freud observa un principio que iría más allá del principio del placer, en tanto el niño, al repetir el juego del carrete, pone en acto algo que ha sido supremamente penoso para él. Más aún cuando la acción que más repite en su juego del Fort-da es la primera parte. Pero añade que es otro el motivo que ha llevado al niño a repetir aquel juego penoso: se trata de la posibilidad que le ofrece el

juego de no quedar ante la situación penosa de la partida de su madre como mero sujeto pasivo, sino de poder asumir un papel activo. De esta manera, al arrojar el juguete fuera, él puede ausentarse también como su madre. Según Freud (1984), podría tratarse del intento por satisfacer un impulso vengativo, que, frente a la ausencia de la madre, significaría algo así como: “vete, ya no te necesito. Soy yo mismo el que te echa” (p.167).

Lo que ocurre al final del juego, cuando al llegar la madre, en vez de decir da-aquí, dice Fort-fuera, es que ha descubierto la manera de simbolizar la ausencia a través del lenguaje, por lo que ya no necesita su presencia. Esta matriz le permitirá integrarse al discurso. Ahora el sujeto puede asumir un papel activo, el de separarse de la madre que, no obstante, acarreará una consecuencia: al decir Fort, más que decirle vete, le dice algo así como “me voy”. Es él quien, al llegar la madre, puede repetir la acción que ella apenas realizaba; así reconoce no solo que puede ausentarse por medio de la palabra, que representará su ausencia, sino que además su existencia en el mundo simbólico queda reducida a la ausencia misma.

Es a costa de su propia ausencia como el sujeto ingresa en el mundo discursivo, es, a través del par significante Fort-Da (sobre el que se montará todo significante), como el sujeto se relaciona con el lenguaje, se trata de la nuda vida del significante: Fort-cero, da-uno, par de ausencia-presencia en donde el sujeto logra una ex-sistencia. Pero este par de oposiciones será resignificado más adelante, cuando el sujeto a partir de la identificación con el Otro emerja como ser sexuado. Es decir, este elemento que se encuentra en la estructura, al igual que la identificación del espejo, se resignificará por vía simbólica y será traducido en la lógica de la castración².

2 La castración hace referencia a la diferenciación de los sexos por medio de un mismo elemento que cobra valor significativo y que queda excluido para todos los miembros. Se trata del falo como objeto que entra a reorganizar la serie de objetos de deseo, y que además sería aportado por el padre como agente que priva del falo, al tiempo que lo dona.

2. El auge de la cibernética y la producción del objeto ausente

Una vez se han demostrado los aspectos estructurales sobre los que se ancla la Internet en la subjetividad, a saber, el lenguaje binario, el uso de prótesis y la alienación imaginaria, es necesario observar un último elemento sobre el cual se organiza la subjetividad humana. Se trata de la relación de objeto.

Para el psicoanálisis, la subjetivación es producto de la relación entre el sujeto y el objeto de su deseo. Desde la teoría freudiana, se trata de que en principio un sujeto es separado, cortado, de los objetos parciales que desea. Tal es el caso del seno, las heces y el objeto genital. Esta privación del objeto será experimentada por el sujeto como una pérdida del objeto. En razón de esto, su deseo estará marcado por la pérdida. Esto quiere decir que estará orientado por un objeto perdido. El objeto perdido deja una huella que Freud denomina huella mnémica y que encamina al sujeto hacia la búsqueda del anhelado objeto³. Lacan reorganiza la teoría freudiana a partir de lo que denomina objeto *a*. Se trata del objeto perdido del sujeto en su doble versión: como objeto de deseo y objeto de goce. Es decir, un objeto que busca para lograr satisfacción.

Podría decirse que la cultura está orientada desde los orígenes a organizar el acceso a los objetos, (limitando el goce) y al mismo tiempo, a producir suplementos del objeto (generando prótesis). El objeto *a* ingresa en la lógica de la neotenia humana en el intento de generar prótesis para superar su estado de inmadurez biológica. Puede concluirse que toda prótesis es un intento por fabricar el objeto que orienta el deseo del sujeto.

Observemos ahora lo que ocurre en el siglo XX con la producción del objeto en el arte y la industria. Berman devela lo propio de la

3 Lacan (1994) va a decir que “El objeto se presenta de entrada como un objeto perdido. El objeto es siempre el objeto vuelto a encontrar, objeto implicado de por sí en una búsqueda” (p.28) Este objeto es el que va a señalar Lacan como objeto *a*

modernidad a través de la frase de Marx: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”. Esta frase enuncia el punto fundamental sobre el cual se asienta la producción capitalista, a saber, que cada objeto creado debe ser relevado para que advenga otro nuevo en su lugar, por lo que toda producción es evanescente.

Berman logra anclar en su análisis la verdad de la producción capitalista: los objetos se hacen obsoletos rápidamente por lo que deben ser relevados a través de la innovación constante y la producción de lo nuevo. Así, el espíritu del hombre moderno se inscribe en un desprecio de lo viejo frente a una exaltación de lo novedoso. La modernidad implica un imperio de lo nuevo, por lo que todo se vuelve viejo rápidamente, proceso constante de destrucción de lo viejo y construcción de lo nuevo. De esta manera, todo lo que fue sólido hoy, mañana será gaseoso (evanescencia del objeto).

Para Berman, la modernidad podría observarse a través de dos procesos: modernización y modernismo. El primero hace referencia a los cambios arquitectónicos, infraestructurales y tecnológicos; el segundo, a los cambios culturales, expresados en las vanguardias del arte. En el campo del arte se podría observar el espíritu que se encuentra en juego en la modernidad: dadá, surrealismo y *ready-made*, serán expresiones marcadas por la ruptura con los cánones tradicionales del arte. El *ready-made* fue una de las expresiones más polémicas al desacralizar el museo con objetos comunes producidos por la industria, que, una vez sacados de su contexto inicial, fueron llevados como objetos de arte autorizados por la firma del autor.

Producir nada: Duchamp, con su famosa *Fountain* (fuente⁴), estalla en mil pedazos el santuario del arte. Por su parte Malevich instala el nada-para-ver del arte contemporáneo, a través de su “*cuadro negro sobre fondo blanco*” en sus dos versiones: el cuadro y el bloque blanco que en una de sus caras sitúa el cuadrado negro. Según Wajcman, este

4 Un orinal llevado al museo

bloque abriría la ventana del nada-para-ver permitiendo observar por allí el objeto del siglo: la ausencia.

Wajcman ha logrado ver a través de aquella ventana instalada por el Cuadrado negro sobre fondo blanco, que una vez extraído por Malevich de una pared, nos muestra el estatuto del objeto que le concierne al sujeto: la ausencia de objeto. El *ready-Made* había producido la nada, la ausencia. Wajcman lo pudo ver claramente con las lentes de la teoría de Lacan sobre el objeto *a*, objeto causa de deseo, objeto que falta. Un sujeto cuyo deseo está dirigido desde siempre por la ausencia, por un objeto ausente e irrepresentable. Malevich presenta este objeto estructural. Las vanguardias transgreden el mundo de las representaciones para mostrar que es posible producir nada, un objeto que muestra nada-para-ver. El objeto del siglo había aparecido para anunciar el lugar hacia el cual conducía la producción de lo nuevo: producción de una nada que desde los orígenes había alentado el proceso de producción. La civilización se había encaminado desde el inicio de los tiempos hacia una empresa que produjera el objeto más perfecto, y este objeto es el objeto que orienta el deseo del sujeto, un objeto perdido, un objeto que falta.

El descubrimiento del cero marca una ruptura en las matemáticas. Se trata de un descubrimiento que revolucionará el cálculo y las civilizaciones, abstracción que permitía realizar nuevas operaciones para tratar de explicar el mundo. Este número aparece para marcar la ausencia, ante la cual lo único que existía para señalarla era un espacio vacío que se dejaba, y sobre el cual debían tener mucho cuidado los escribas para no obviarlo. El cero había venido para darle valor a la nada. Se trata de una cifra que representa una cantidad pero al mismo tiempo la niega. A partir de allí podrá ser nombrada la ausencia. Esta lógica del cero posibilitará siglos después la primera máquina de calcular diseñada por Pascal, y con Leibniz dará paso a la aritmética binaria. El sistema universal de Leibniz, terminará por imponerse a partir de la máquina telegráfica, que ha logrado transmitir un mensaje a partir de la lógica binaria.

Como vemos, la modernidad estuvo marcada por la aparición del cero en Occidente; la ausencia habría hecho su carrera para advenir luego como producción misma de ausencia. Hasta aquí se trataba de un elemento referencial para señalar la nada, pero llegaría el momento en el que se intentaría producir la nada misma, carrera impulsada a su vez por algo más fuerte que cualquier intención racional. Se trata de la búsqueda pulsional, de aquello que se encuentra en el sustrato del objeto de deseo para todo sujeto, un objeto que falta, un objeto ausente. Desde luego, el humano se las había arreglado para dar vía a esta búsqueda del primer objeto, bien fuera produciendo objetos en su lugar, frente a los cuales reaparecería el objeto ausente como efecto de la insatisfacción obtenida con el segundo, o repitiendo la pérdida original como vestigio de aquel primer objeto, instalando una suerte de lógica que decía algo como “hubo una vez un objeto”. Pero esta economía psíquica del objeto no se contentará con esto, pues la producción industrial ofrecía una solución final: producir la nada, producir un objeto que falta. Solo la producción de la ausencia podría convertirse en la prótesis fiel del cuerpo-nada del neoteno.

La producción de objetos desde la edad de piedra hasta la de las máquinas, había valido en cuanto suplemento del cuerpo inacabado del neoteno, que, desde luego, enuncia una falta de cuerpo. La producción capitalista logra organizar una economía sobre la base de la acumulación de esta pérdida. En cada objeto se condensa un pequeño goce que guarda el secreto del objeto de la apetencia humana signado desde el origen por la pérdida misma. Pero esta pérdida se revertía ahora en el valor del objeto-mercancía, un valor que se funda en el trabajo no pagado al trabajador, pero que encubre el goce de haber fabricado un objeto que ha perdido. Desde luego, el objeto condensa tiempo de trabajo, como lo afirma Marx, pero también condensa la ausencia, toda vez que el trabajador pierde no solo el objeto que produce sino el trabajo no pago que se positiviza en este como valor: el trabajador pierde su cuerpo por efecto de la explotación.

Faltaba que apareciera el *ready-made* para mostrarlo. Si existen tantas Fountains como Duchamp firmó, es justo porque se había descorrido el velo del objeto-mercancía. De-secularizado, ahora el objeto tenía un autor; desde luego no el trabajador que había invertido tiempo de trabajo para producirlo sino la rúbrica del artista que al firmarlo demostraba no solo la ausencia que se escondía detrás del proceso productivo al negar al autor mismo, sino que dejaba claro que detrás del objeto no había nadie, “sólo una perfecta máquina producida a su vez por otras perfectas máquinas” (Wajcman, 2001, p. 63). El objeto común por fuera de su contexto perdía sentido, el objeto descontextualizado caía en el sinsentido constituyendo la ausencia a través de un nada-para-ver. Con esto el *ready-made* mostraba aquello que se ocultaba tras el mercado del objeto, un mercado atiborrado de imágenes, un todo-para-ver en donde el deseo queda congelado en los objetos. Duchamp había anticipado el movimiento hacia el que se encaminaba la producción por fuera de la lógica del ideal; el horror del dios protético devolvía al neoteno hacia un momento anterior en la que él devendría ángel al identificarse con un cuerpo negativado, y ahora debería buscar producir aquel cuerpo identificado con la ausencia o, como dice Pommier, un cuerpo angélico.

Cómo fabricar un ángel: el objeto perdido, que según Freud se configura a partir de la privación de los objetos parciales que dirigen el deseo del sujeto (seno, heces, pene), transita desde una lógica pre-genital hacia una lógica genital. Lo que denomina complejo de Edipo, tiene que ver con aquel momento en el que el sujeto ingresa en la castración, que le permite simbolizar la pérdida de los objetos de su deseo. Se trata de un momento en el que el sujeto se identifica con la figura paterna para obtener una posibilidad de hacerse a los objetos de su deseo en el futuro. Tendrá por lo tanto que postergar la satisfacción. Pero la identificación con la figura paterna es el resultado de un proceso, que tiene serias implicaciones durante el tránsito del deseo.

Volvamos de nuevo al asunto de que su deseo está signado por un objeto del cual es privado. Este objeto quedará por lo tanto en el campo del Otro y la posibilidad de adquirir el objeto supone un estado de completud en el que es Uno con el objeto; lo que supone ser Uno con el Otro. Este primer Otro es la madre del niño. Si el sujeto dirige su deseo hacia el objeto que está en el campo del Otro-materno, lo que anhela es una completud imaginaria. Esto es lo que denomina el psicoanálisis incesto. Pero se trata al mismo tiempo de la identificación con algo que no existe, pues el sujeto para lograr unidad con su madre debe suponer que él es aquello que a ella le haría falta. Esta identificación del objeto es considerada mortífera, pues se trata de una identificación con la nada (objeto ausente). Es en razón de esto que adviene el padre⁵, como una figura que al convertirse en simbólica (ideal del yo⁶), le da la entrada al sujeto en el lazo social.

Si la técnica no desemboca en la utopía del dios protético es en la medida en la que el patrón de identificación se encuentra ausente; así, frente a la sustracción de los patrones de identificación, el neoteno regresa a aquel estado inicial, único momento en donde puede decirse que tuvo un cuerpo. Allí, junto al cuerpo de su madre, el neoteno regresa a la identificación primordial, que por estar en el origen se jugará siempre en el campo de las identificaciones. Algún día el cuerpo de su madre fue el aposento desde donde se proyectó como aquello que a ella le faltaba. Esta primera identificación con la falta de la madre constituirá lo imposible de su cuerpo, pues al identificarse con el falo de la madre, con aquello que le faltaría, ha designado su existencia con un lugar imposible, y con un objeto inexistente. El neoteno se ha identificado con la ausencia.

5 No se trata del padre del niño, sino del valor simbólico de un relato social que le es transmitido.

6 La figura paterna tomará diversos rostros en la historia, que se pueden señalar a través de las distintas ideologías existentes. Lo importante, en síntesis, es que exista un ideal con el cual el sujeto pueda identificarse, de lo contrario, quedará identificado con la nada del Otro-materno (objeto ausente).

Cioran (1988) en varios apartados de su obra se ha dedicado a exaltar el valor de los judíos considerándolos como raza superior. Los judíos representarían el principio y el fin de la potencia angelical del neoteno. Para Cioran (1988), solo un ser superior hubiese podido vagar cuarenta años por el desierto. Era menester que esos cuerpos fueran tan leves como los de los ángeles. Los judíos serían la representación del cuerpo flotante que identificado con la nada podía trasegar por el desierto por tanto tiempo. Sin ley, desprovistos del significante de la identificación materializado en el Decálogo, eran seres angelicales.

Los judíos representan desde entonces el horror humano de la identificación con la nada, con la ausencia, pues la constitución de ese cuerpo, que se supone haber tenido, señala el horror humano al incesto. Si los judíos en efecto habían podido resistir en el desierto era por la ausencia de cuerpo, lo cual denota que se trataba de un cuerpo negativo, ausente, esto sitúa una identificación con la falta de la madre, identificación mortífera por cuanto la madre no tiene falo. El odio a los judíos, expresado tantas veces en la historia, señala el horror al incesto, pero al mismo tiempo, el deseo, presente desde el origen de constituir un cuerpo con la madre. Exorcizar esta tendencia era una empresa que tenía como fin eliminar lo horroroso de la constitución humana. El holocausto nazi habría traspasado la lógica del rechazo de la diferencia; se trataba, más bien, de producir aquel cuerpo que por tanto tiempo nos había horrorizado. Si los nazis no se sintieron avergonzados de la solución final, fue porque su labor trascendió para ellos el exterminio y se elevó a la potencia creadora del dios protético, última prótesis del neoteno fabricada en los campos de concentración. Los nazis habían logrado lo imposible: fabricar un cuerpo ausente, un cuerpo angelical, y para hacerlo habían utilizado la potencia de la industria de producción capitalista.

La obra de Wajcman “El objeto del siglo” será una apuesta por encontrar dicho objeto en los objetos-del-arte; por eso *Shoah*, el film de Claude Lanzmann, constituye según Wajcman el objeto del siglo XX.

Este film de 9 horas logra mostrar el nada-para-ver de los campos de concentración desolados, en donde lo único que habría quedado serían testigos sin pruebas. Convirtiendo en testigo al espectador, Lanzmann muestra la ausencia a través de su film. En adelante tendremos que decir de manera nostálgica “hubo una vez un cuerpo judío”, testimonio que se convertiría en delirio, toda vez que su prueba se asienta en la ausencia misma de la prueba. Campos desolados... ¿cómo comprobar que por allí habían pasado alguna vez miles de cuerpos judíos convertidos en cenizas? La solución final devuelve el estatuto de cuerpo angelical a la única raza capaz de soportar el horror del cuerpo ausente. Al hacerlo, muestra el sustrato de la identificación primera del neoteno, pero al mismo tiempo logra producir un cuerpo angelical. La carrera de la producción del cuerpo angelical pasaría luego a manos de la cibernética.

Pero la producción de la ausencia, del cuerpo ausente, había sido fallida, pues la fantasía de los nazis contemplaba la idea de eliminar toda evidencia para que si algún día preguntaban por los campos de concentración, pudieran decir que allí nunca había pasado nada: “lo que tiene lugar aquí jamás tuvo lugar” (Wajcman, 2001, p. 220). Enmarcada en una lógica totalizante, la economía sin resto reciclaba cada desecho para la industria misma⁷.

Los campos de concentración eran campos de trabajo de muerte, pero se trataba de una muerte planificada, trabajada, programada y tecnicizada. Crimen de paz, como lo denomina Wajcman, que al intentar pacificar el horror del cuerpo angelical, había descubierto los medios técnicos necesarios para fabricarlo y al mismo tiempo para olvidarlo. Se trataba de fabricar la muerte sin dejar rastro para no dejar memoria. Si la potencia de la producción de las fábricas de muerte nazi horrorizaba al mundo, era porque ponían de presente el peligro del

7 Wajcman cuenta cómo los problemas de la solución final tenían que ver con lograr hacer entrar un cuerpo de dos metros en un féretro de cincuenta centímetros, o lograr descargar diez toneladas de brazos en un vagón para tres. La cámara de gas habría venido como modernización de la máquina de muerte. La producción industrial, a través de la modernización, había realizado lo que el arte anunciaba décadas atrás.

dios protético, pero al mismo tiempo anunciaban el poder demiúrgico que pasaría de la industria de la muerte a la programación cibernética.

“Las cámaras de gas son el lugar donde los cuerpos y la memoria fueron precipitados en la era industrial.”(Wajcman, 2001, p. 224). Allí, la producción de cuerpos angélicos, así como la producción de olvido se convertían en la última utopía del hombre moderno: sin dios, y con el horror que le causaba su cuerpo protético, la industria de producción de la ausencia le prometía un desierto para vagar sin cuerpo, y vaciar la memoria, realización de la idea de constituir un cuerpo con la madre, de encarnar el objeto de su falta.

La utopía de la comunicación: según Breton (2000), la cibernética se constituye en principio como un campo interdisciplinar que buscaba unificarse a través de la modalidad de la red. Momento en que los expertos tienen una fuerte influencia sobre la toma de decisiones políticas y militares. La ciencia cibernética había emergido durante la Segunda Guerra Mundial en donde el campo de las comunicaciones militares y el espionaje configuraban un trabajo de codificación y decodificación de mensajes que se enviaban de manera oculta, al mismo tiempo que se diseñaban aparatos para hacer transparentes las comunicaciones del enemigo.

Muchos de los exponentes de la cibernética, como Norbert Wiener (1948), citado por Breton (2000), plantearon extender el alcance de la cibernética al campo de la acción política y social. La cibernética estaba dedicada a la “investigación de las leyes generales de la comunicación, que implicarían fenómenos naturales o artificiales” (Breton, 2000, p. 21), toda vez que estos tienen en común “la existencia de relaciones” (2000, p. 21). Wiener (1948), citado por Breton (2000), afirma que la comunicación constituye un valor central para el hombre y la sociedad, por lo que supone que todos los fenómenos del mundo visible pueden comprenderse en términos de relaciones, de intercambio y de circulación de información.

El campo de la cibernética se funda sobre un componente fundamental de lo humano: el vínculo social, las relaciones. De ahí que en adelante se privilegien más las relaciones que lo que contienen. Pero al suponer que las relaciones se expresan en el umbral de lo visible, y que esta es la finalidad del comportamiento de los seres, comienza a configurarse un campo de lo externo en donde no existe resto, pues todo es susceptible de expresarse en términos de relaciones. En últimas, como lo muestra Breton (2000), lo que subyace a la utopía de la comunicación es la idea de transparencia.

La cibernética como un nuevo valor social en contra de la devastación de las ideologías, surge también como antídoto a la entropía, suponiendo que la información es totalmente opuesta a ella. Se suponía que el reconocimiento de la importancia de los fenómenos comunicativos lograría diferir localmente la entropía. Esto a su vez iría configurando un campo global de unificación. De esta manera, la utopía de la comunicación va a permitir configurar un campo global superando las barreras nacionales a través de la unificación de la información. Esto lleva a introducir un nuevo concepto de sociedad, determinado por las informaciones y los medios de intercambio de las mismas, lo que culmina con la noción de sociedad en red.

La idea de la cibernética, al plantear la reductibilidad de todo lo existente a información, en su pretensión por hacerlo todo transparente y al mismo tiempo no dejar resto, vacía al hombre de interioridad. Se trata de un “ser sin interioridad y sin cuerpo, que vive en una sociedad que no tiene secretos, un ser por entero volcado hacia lo social, que sólo existe a través de la información y el intercambio, en una sociedad transparente gracias a las nuevas máquinas de comunicar”(Breton, 2000, p. 52). Esta arquitectura del vínculo social, va a llevar a que el vínculo mismo sea expulsado fuera de la relación, entrando así en la lógica de las máquinas de comunicar. Esto instala una ruptura, por cuanto aquello que permitía hacer vínculo y que estaba enlazado con las ideologías, era excluido ahora del campo social, y de esta manera el

vínculo con el otro quedaba reducido al yo ideal,⁸ campo de la imagen en donde la identificación se juega a nivel de la falta de la madre.

Desde luego la utopía supone un espacio social transparente, en donde el hombre es considerado un sujeto a partir de la actividad del intercambio social, lo que permite al tiempo su universalización. Ser digital, constituido por información y por lo tanto reductible a su transmisión como mensaje. En esta lógica, el hombre se convierte en un ser manipulable, operable y transferible, por lo que estar vivo equivale a participar de un amplio sistema mundial de comunicación. En esta medida, la particularidad misma de lo humano, el lazo social, ha sido llevado al campo técnico de la comunicación, lo que a su vez genera una suerte de desconfiguración del vínculo social. Se había colocado por completo afuera lo que se jugaba a nivel de su subjetividad: el lenguaje como intento de dar respuesta a su lugar dentro del deseo del otro y destinado por ello a fracasar. Ahora se pone por entero en una lógica del intercambio mediado.

El auge de la cibernética marca la última extensión protética del humano. Poniendo afuera su cabeza, el fundamento del pensamiento se convierte en mecanismo de comunicación masiva. El hombre ha perdido la cabeza, y la computadora, así como otros dispositivos mediáticos, vendrán al lugar de la articulación del lenguaje. En adelante su relación con el otro⁹ estará mediada por estos dispositivos que decodifican y recodifican la información. Las máquinas encarnaban lo esencial del hombre: el lenguaje. El hombre encarnaba lo esencial de la máquina: el cuerpo ensamblado y la reproducción mecánica del discurso del Otro.

8 Existe en psicoanálisis una diferencia entre el yo-ideal y el ideal del yo. El primero corresponde a la identificación imaginaria del sujeto. El segundo a la identificación simbólica vía los ideales de la cultura.

9 Me refiero aquí al otro como semejante. No al gran Otro, que Lacan escribe con mayúscula

3. Efectos de la utopía de la comunicación en el lazo social

Para Breton (2000) la comunicación se instala como valor postraumático luego del holocausto. La pregunta que se hace va encaminada a explicar por qué razón el tema de la comunicación funcionó tan bien. Afirma que el éxito de la comunicación reside en que intervino en un plano de vacío de los valores de los sistemas de representación política. Si la ética protestante se había amalgamado con el capitalismo desde el siglo XVI, de alguna manera estos valores habían comenzado a decaer en el siglo XIX, dando origen a las utopías modernas, pero ahora estas utopías demostraban no ser la salida. Se trata de un momento histórico en donde los puntos de referencia se difuminan. El valor que aparece con la teoría de la comunicación es el de la transparencia, vínculo entre la obsesión por la transparencia y el asesinato en secreto. De alguna manera son dos contrarios, pero vistos desde la lógica de producción de la ausencia, son dos caras de la misma moneda.

El ser comunicativo se había fundado sobre la lógica de evitar una pérdida y obtener una ganancia, por lo que se configura una sociedad sin resto. Esto se hace posible, gracias a la construcción de un hombre universal, racional y transparente. “La primera operación consiste en separarlo de su cuerpo biológico para tratarlo como puro ser de comunicación... hombre protegido de toda prisión del cuerpo, de toda posibilidad de marcar su ser por medio de la filiación, un hombre protegido del hombre por su superación, su exteriorización en la comunicación” (Breton, 2000, p. 97). Si ya no había nadie allí ¿qué peligro representaba el semejante? Sin embargo, algo estaría por venir, pues el rechazo del cuerpo pulsional,¹⁰ aquel que permite el vínculo social, llevaría al advenimiento horroroso de los cuerpos en la modernidad. La supresión del cuerpo pulsional, llevaría implícita la

10 El cuerpo pulsional hace referencia al cuerpo deseante que busca un objeto para su satisfacción. Al estar este objeto en el campo del Otro, y al estar organizado por medio del ideal, el cuerpo pulsional obliga a hacer vínculo con el semejante para lograr la satisfacción que busca. Esto es lo que se denomina la castración.

misma lógica de la descorporalización llevada a cabo por los nazis en la solución final. Producción del objeto-nada que, al eliminar al contrario, reafirmaba la imagen aria ante el objeto ausente. Con la ausencia del cuerpo, el asesinato queda cancelado, pues ¿cómo asesinar a un hombre sin cuerpo?

Atrapado el neoteno en su propia imagen, está condenado a la alienación imaginaria, pero por otro lado, dependiente del mundo simbólico había añorado superar la condición humana, y la cibernética ofrecía una salida: deshacerse del cuerpo pulsional para superar el sufrimiento ocasionado por el fracaso inminente del goce.

La absorción del lazo social: la computadora había encarnado la última “extensión de sí mismo” (Breton, 2000, p. 109), una que ofrecía la posibilidad de transmutar su pensamiento a través del lenguaje, ahora convertido en binario. La toma de decisiones había pasado a manos de la máquina. Si la máquina decidía por el humano, el vínculo social quedaba absolutamente determinado por el lenguaje binario y la lógica de los procesos informáticos. Incluso aparecieron textos con títulos como: “hacia una nueva máquina de gobernar”. El hombre había creado la máquina, pero en la transmutación del lenguaje hacia la máquina, esta última podía instalar ahora su dictadura sobre los hombres.

Como lo muestra Breton (2000), surgen varios campos de difusión de la teoría de la comunicación. Por un lado, los campos disciplinarios y la literatura, y por otro la ciencia ficción y los futurólogos. En los relatos de los escritores de ciencia ficción hay uno que salta a la vista: “El sol desnudo” de Isaac Asimov. Relata la vida de un planeta, Solaria, en donde “todos viven solos, no hay ciudades sino propiedades aisladas, y el encuentro físico es considerado como un verdadero tabú, y vivido como algo insoportable (los médicos, por ejemplo, son consultados a distancia, utilizando medios de comunicación)” (Breton, 2000, p. 109). Las interacciones se encuentran mediatizadas, de tal forma que los dispositivos permiten, por ejemplo, “mostrarse” desnudo ante el interlocutor, lo que no provoca ninguna molestia. Esto evita el asesinato

y el daño que podrían generar los encuentros reales. Esta sociedad de la comunicación había logrado evitar el asesinato a costa de aislar a cada sujeto de los demás.

Entropía en la sociedad de la información: la pregunta pendiente a esta altura es: “¿se concretó la utopía de Weiner?” (Breton: 2000, p.127) Desde luego todas las sociedades han sido sociedades de la comunicación, pero la utopía supone que cada problema encuentra solución en el enfoque racional de la comunicación. Weiner había predicho que “si la información se convertía en una mercancía la entropía contra la cual se suponía que lucharía se desarrollaría de una manera mucho más devastadora aún” (Breton, 2000, 127) ¿Asistimos a la entropía anunciada por Weiner? En una sociedad capitalista se exige que toda relación de producción entre en la lógica de la mercancía, es decir, que produzca valor. Así, lo que en otras sociedades había sido gratuito, ahora hay que pagarlo. La cibernética había hecho posible la producción de valor a través de la comunicación, ahora que había llevado el lenguaje a la máquina. A partir de aquí podríamos decir que hablar es trabajar.¹¹ Se ha desvelado el estatuto del trabajador como ser hablante.¹²

Si el trabajador moderno se define por los intercambios comunicativos, la denominada flexibilización laboral presenta al nuevo proletario, no ya un trabajador asalariado ubicado en su sitio de trabajo y dependiente del control espacio-temporal, sino un trabajador vagabundo independiente del control espacio-temporal de la fábrica, y dependiente de los intercambios y las relaciones espacio-temporales del ciberespacio.¹³

11 Si antes era posible el intercambio social de la información sin ningún costo objetivado, ahora todo intercambio por medio de los dispositivos mediáticos sería facturado según el tiempo y la distancia. Esto implica que a mayor tiempo de comunicación, mayor plusvalía. Y por consiguiente, a mayor cantidad de intercambios mayor plusvalía.

12 El ser hablante funciona a nivel de aquel que debe comunicarse sin importar qué diga. Por tanto hablar genera plusvalor para aquellos que aprovechan la “libre expresión “del sujeto en las redes sociales.

13 Si los muros de las empresas y las industrias se derribaron, y si los horarios se flexibilizaron fue porque la fábrica se trasladó a los hogares; ahora el tiempo de ocio es más productivo que el tiempo destinado a actividades de trabajo o estudio. En España existe un debate

Conclusiones

Pongamos en tensión la idea fundamental que sostenía la utopía de la comunicación: se trata de lograr generar mayores intercambios sociales a través de la comunicación, lo que supondría un fortalecimiento del lazo social. Pero el resultado fue opuesto, con los medios de comunicación: prolifera el voyerismo social, mientras el individualismo y el aislamiento marcan la condición de la sociedad contemporánea. Todo se muestra en el espectáculo televisivo, en una especie de simulacro que lleva a desrealizar el espacio de las relaciones cotidianas, concediendo mayor valor a la tragedia televisada que a la comedia diaria.¹⁴

La utopía cibernética culmina con la absorción de lo más esencial de las actividades humanas: el vínculo social. Con esto aparece un mecanismo capaz de reabsorber cualquier idea y cualquier elemento simbólico hacia el universo de las representaciones mediáticas, de tal forma que el medio de comunicación “absorbe, como una especie de ‘agujero negro’, todos los mensajes y como mínimo deja en ellos una marca indeleble” (Breton, 2000, p. 140).

Este espacio virtual genera la ilusión de liberación, de no estar sujeto a nada, y de autodeterminación. Al mismo tiempo absolutiza el control, generando una homogenización sobre los gustos y las normas, y encerrando al sujeto dentro de sí mismo en un mundo imaginario. La consecuencia de la virtualización de los cuerpos en su angelización, que implica la negación de la condición sexual y la negación de la finitud y la muerte, efecto que ha sido buscado desde siempre por los hombres, quienes, como menciona Freud (2008) en *El malestar en la cultura*, se ven amenazados por la finitud de su cuerpo.

sobre la generación NiNi: jóvenes que ni trabajan ni estudian. La pregunta es si acaso es posible que en la era de la información existan jóvenes que ni trabajan ni estudian, o será más bien que la transformación de la sociedad industrial trasladó la fábrica y la escuela a los hogares.

- 14 Las personas parecieran insensibles frente a varias de las problemáticas que se presentan a diario, como si se tratará de algo irreal, mientras aquello que ocurre en los reality show pareciera conmovierlos por completo.

Privilegiando la vida del contacto virtual, aparece una nueva xenofobia, que no es ya “la de un pueblo frente a otros, sino la de un individuo frente a los otros”, (Breton, 2000, p. 21), estadio del espejo que atrapa al sujeto en una lógica de la agresividad, lo que como consecuencia desemboca en el intento de eliminar al semejante, con quien compite por el reconocimiento.

En esta tecnificación de las relaciones, el sexo se convierte en una pornografía normalizada, espacio que constituye el voyerismo absoluto. En una sociedad colmada de imágenes y publicidad, aparece lo realmente horroroso: no hay nada-para-ver. Al igual que la vanguardia *ready-made* y que la desolación de la Shoah, la proliferación de las imágenes muestra por el revés la falta-de-gozar del mundo capitalista.

El hombre digital prescinde del otro, la sensación de omnipotencia lograda gracias a los dispositivos mediáticos promete realizar sus deseos sin moverse de casa y apenas moviendo un dedo. El dedo en contacto con la pantalla sin ninguna clase de mediación, introducido por Jobs, muestra en esencia al hombre moderno, un dios, que al señalar o hablar obtendrá de inmediato lo que quiere. Entonces, si el hombre moderno es dios y dios está muerto, se ha identificado con la ausencia, pero por otro lado si cada uno es dios, es menester eliminar al otro. Si la presencia física del otro constituye una especie de relación fóbica, es porque su cuerpo no puede más que recordar aquel cuerpo pulsional rechazado por la utopía de la comunicación. Eliminar el cuerpo del otro será en esencia un mecanismo para proyectar en otro cuerpo lo que se dirige hacia sí mismo. Si admitimos que aquí se juega la identificación del sujeto con el falo de la madre, identificación del ser con la nada en el mundo de las imágenes, obtenemos como consecuencia el rechazo de la ley fundamental, a saber, la castración.



Bibliografía

- Berman, M. (1991). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. España: Siglo XXI.
- Breton, P. (2000). *La utopía de la comunicación*. Buenos Aires : Nueva visión.
- Dufour, D.-R. (2007). *Cartas sobre la naturaleza humana para uso de los sobrevivientes*. Bogotá: Traducción de Pio Eduardo Sanmiguel, docente de la Universidad Nacional de Colombia.
- Freud, S. (1984). “Más allá del principio del placer”. En S. Freud, *Obras completas* (pp. 159-210). Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1988). *El malestar en la cultura*. Madrid : Alianza editorial .
- Lacan, J. (1984). “El estadio del espejo como formador de la función del Yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. En J. Lacan, *Escritos I* (pp. 86-93). México: Siglo XXI editores.
- Pommier, G. (2000). *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Buenos Aires : Nueva visión .
- Sanmiguel, P. (2002). “Situación del cuerpo en Internet: callejón sin salida de la teoría de la comunicación”. *Desde el Jardín de Freud, Revista de psicoanálisis*, Revista No. 2 (pp110-118.)
- Wajcman, G. (2001). *El objeto del siglo*. Buenos Aires : Amorrortu .

